

La luz de la Reina

Lumen

Reinado 
de María

Reginae

N.29-SEPTIEMBRE 2022

“Continuad rezando

el Rosario

todos los días”.

(Quinta Aparición de Nuestra Señora)

“A Jesús por María”.

TOTUS TUUSS

“Nigún devoto de María
irá al infierno”.

VICTORIAS DE MARÍA

“Amad a la Virgen
y hacedla amar”.

TESTIGOS DE LA INMACULADA





Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 29
Septiembre 2022

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMar%C3%ADaRM

SUMARIO

04

**EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN**

La Madre Corredentora



07

ALMA MARIANA

María, la siempre "ENTERA"



08

VICTORIAS DE MARÍA

Ningún devoto de María irá al infierno



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

Amad a la Virgen y hacedla amar



12

**MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ**

Llamada a dejar de ofender a Dios



14

**TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS**

A Jesús por María



16

REINADO DE CRISTO

Jesús, médico de nuestras almas



18

**AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO**

Tomad, Señor, y recibid



La Natividad de Nuestra Señora

DE ELLA NACIÓ JESÚS

Los siglos que antecedieron a la venida de Jesús fueron una noche. La noche es oscura. En esa oscuridad, los hombres difícilmente pueden caminar. Pierden el camino, se extravían. No descubren los precipicios.

Así sucedía a los hombres antes de venir al mundo Jesús. No conocían al verdadero Dios. Casi toda la humanidad era idólatra. Caían en el precipicio de todos los pecados y, por fin, en el infierno.

El nacimiento de la Virgen tiene una trascendencia grande en la historia de la humanidad. Es comienzo de la redención; el alborar de la redención del mundo.

Se alegra la Santísima Trinidad. Se alegra el Padre al ver nacer a su Hija predilecta, la más hermosa de todas las obras suyas. Se alegra el Hijo al ver aparecer en el mundo a su Madre y acercarse el día de redimir a los hombres. Se alegra el Espíritu Santo y se complace en contemplar las excelencias de su futura Esposa.

Se alegran los ángeles. Ven ya nacida a la que ha de ser su Reina en los cielos.

Sobre todo, se alegran los hombres. Los patriarcas y profetas esperaban con ansiedad el día de su libertad. Al ver nacer a María, exclaman con alegría: Nuestra prisión termina; la noche desaparece; ya comienza a amanecer.

Son las palabras más gloriosas que dice de Ella el Evangelio. *De Ella nació Jesús.*

Lo que sucedió en el mundo, ¿no se repite en el corazón de todos y cada uno de los hombres? Ella es la aurora de nuestra vida.

Imaginemos una vid estéril y agria, que no produce más que agrazones amargos..., pero si en ella se injerta una rama sana, dulce, producirá dulces y ricos frutos. Ésa es la imagen de nuestra alma..., un arrenal, un sarmiento seco..., si puede producir algo, es gracias a ese injerto en Cristo por medio de María.

La Natividad de Nuestra Señora nos recuerda una dulcísima realidad: de que María ha de ir siempre antes de Jesús. Dios quiso que en la naturaleza no naciera el sol

de repente, sino que le precediera la hermosa claridad del alba.

Lo mismo ha querido en el orden de la gracia. No quiso que apareciera en el mundo el Verbo hecho carne, sin que viniera antes como espléndida aurora, la niña Reina de los ángeles, concebida sin mancha. No quiere que salga y luzca el sol de Justicia, Cristo Jesús sin que antes nazca en las almas, espiritualmente, la Madre de la Gracia. No quiere, en fin, establecer su reino en este mundo sin que antes tenga su trono en él María. María es, por tanto, siempre la aurora de Jesús.

Recapitemos cómo vivimos nuestra consagración mariana, si todo lo hacemos con María y por María, para dar gusto a Jesús..., si imitamos a María para revestirnos de la misma vida divina que Jesús quiere dar a nuestras almas.





LA CORREDENCIÓN (I)

La Madre Corredentora

Dios asoció a María a la obra redentora de su Hijo, Jesucristo, el Redentor. Su Madre, la Corredentora. Jesucristo redimió a los hombres con el sufrimiento y la muerte. Su Madre cooperó a la redención muriendo a Sí misma con el sufrimiento.

Y al llegar el momento del sacrificio de su Hijo como víctima reparadora, Ella estuvo en el monte de la inmolación, junto al ara de la cruz, ofreciendo a Dios aquel Hijo que en parte le pertenecía; y lo entregó con generosidad y con pena más honda que la de Abrahán cuando Dios le mandó que sacrificara a su hijo Isaac. María ofrece a Dios el sacrificio de su Hijo juntamente con Él; por eso es Corredentora con Él.

Qué es la redención

Sabemos ciertamente, por la misma divina revelación, que, habiéndose producido el pecado de Adán, la encarnación del Verbo se realizó con finalidad redentora, o sea, para reconciliarnos con Dios y abrimos de nuevo las puertas del cielo cerradas por el pecado. Consta expresamente en multitud de textos de la Sagrada Escritura y constituye uno de los más fundamentales artículos de nuestro Credo: «*Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo*».

En sentido *etimológico*, la palabra redimir (del latín *re* y *emo* = comprar) significa *volver a comprar* una cosa que habíamos perdido, pagando el precio correspondiente a la nueva compra.

Aplicada a la redención del mundo, significa, propia y formalmente, la recuperación del hombre al estado de justicia y de salvación, sacándole del estado de injusticia y de condenación en que se había sumergido por el pecado, mediante el pago del precio del rescate: la sangre de Cristo Redentor ofrecida por Él al Padre.

Era imposible al linaje humano satisfacer el pecado de Adán. Es verdad que Dios podía, si así lo hubiera querido, condonar graciosamente la deuda. Pero si exigía una satisfacción rigurosa, como lo hizo, la impotencia del hombre y de todo el género humano era total y absoluta. Solo un Dios hecho hombre podía salvar ese abismo infinito y ofrecer a la justicia divina una satisfacción plena. Por eso fue absolutamente necesaria la encarnación del Hijo de Dios para ser redimidos; y no solo la encarnación, sino la obediencia de morir con muerte de cruz decretada por el Padre celestial.

Qué es la corredención

Con esta palabra se designa en mariología la participación que corresponde a María en la obra de la redención del género humano realizada por Cristo Redentor, o sea, la cooperación de María a la reconciliación del hombre con Dios mediante el sacrificio redentor de Cristo.

María fue real y verdaderamente Corredentora de la humanidad por dos razones fundamentales:

a) Por ser la Madre de Cristo Redentor, lo que lleva consigo —como ya vimos— la maternidad espiritual sobre todos los redimidos.

b) Por su compasión dolorosísima al pie de la cruz, íntimamente asociada, por libre disposición de Dios, al tremendo sacrificio de Cristo Redentor.

Al decir que María Santísima estuvo asociada a Jesús en la obra redentora, no queremos decir que fuese cosa necesaria para que Jesucristo nos salvase, sino que Él la asoció porque quiso y así lo deseaba ardientemente porque era su Madre y tenía designios amorosos de salvación por medio de Ella para nosotros, verdaderos hijos suyos en el orden espiritual.

El Concilio Vaticano II la llama: «*Madre del divino Redentor, socia generosa, por singular manera, sobre los demás y humilde esclava del Señor*» (Lumen Gentium 55 y 61).

El título de CORREDENTORA no consta en la Biblia explícitamente, pero hay en ambos Testamentos gran número de textos que, conectados entre sí, nos llevan con toda claridad y certeza a la Corredención de María Santísima.

Se encuentra de algún modo implícitamente en la primera promesa del Redentor que había de ser la «posterioridad» de la MUJER o, lo que es lo mismo, del linaje humano, y por tanto formado de mujer (Gal 4,4 y Gn 3,15).

No se dice aquí que la mujer de la que había de nacer el Redentor sea María, pero en el proceso progresivo de la misma revelación divina se va determinando cada vez más claro cuál sea esa mujer de la que había de nacer el Redentor del mundo.

Así, Isaías dice que nacerá de una virgen (Is 7, 14), y Miqueas añade que en Belén de Judá (Miq 5, 2), todo lo cual concuerda con lo que San Mateo y San Lucas narran acerca del nacimiento del Salvador (Mt 1,23; 2,1-6; Lc 2, 4-7). Un ángel anuncia a María ser Ella la escogida por Dios para que en su seno tenga lugar la concepción del Salvador de los hombres, a lo cual presta Ella su libre asentimiento (Lc 1,28-38), dándole a luz en Belén (Lc 2,4). Con lo cual se evidencia aún más que la predestinación de María para ser Madre está toda ella ordenada a la realización del gran misterio de nuestra Redención.

La unión de María con Jesús se extiende a todos los pasos de la vida del Salvador. Después de haberle dado a luz lo muestra a los pastores y reyes Magos para que lo adoren (Lc 2,16 y Mt 2,1); y en el templo oye al viejo Simeón anunciando el trágico final de su vida y la resurrección de muchos que le habían de seguir (Lc 2,34); lo va a buscar a Jerusalén donde lo halla en el Templo en medio de los doctores de la Ley, escuchando y respondiendo, quedando todos admirados de la sabiduría y prudencia de sus respuestas, e interviene en los comienzos de su vida pública en el primer milagro en las bodas de Caná (Jn 2,1). Por fin asiste a la inmolación de su vida en la cruz por nosotros (Jn 19,25), co-inmolándose, co-ofreciéndose Ella también en su espíritu al Padre para conseguir a todos la vida.

No ha habido hasta ahora ninguna definición dogmática de la corredención por parte del magisterio extraordinario de la

Iglesia, pero sí múltiples declaraciones expresas del magisterio ordinario, tanto por parte de los Sumos Pontífices como de los obispos y de la liturgia oficial de la Iglesia.

María Madre

María Madre es Corredentora por ser Madre de Cristo Redentor y, a la vez, Madre espiritual de todos los redimidos.

Esta verdad constituye la base y fundamento de la Corredención Mariana. Los Santos Padres de los primeros tiempos de la Iglesia ensalzaron la Encarnación del Verbo como el hecho de la regeneración humana. Desde el instante en que la Divinidad se encarnó en las entrañas virginales de María, quedó hecha Madre del Redentor y Madre nuestra y desde ese momento Dios nos empezó a mirar como a hijos, viendo en nosotros a su Hijo humanado.

En la intención del Creador, Jesús y María son los primogénitos del mundo; son más inseparables entre sí que lo son el rayo de luz y el sol de quien procede. Los dos cumplen un destino misericordioso con dimensiones eternas. En virtud de ese destino, Jesús era el nuevo Adán y María la

MARÍA MADRE ES CORREDENTORA POR SER MADRE DE CRISTO REDENTOR Y, A LA VEZ, MADRE DE TODOS LOS REDIMIDOS.

nueva Eva; Jesús, el Redentor y María, la Corredentora; Jesús es la Cabeza de todo el cuerpo místico de la Iglesia y María

es el cuello místico por donde descienden las influencias de la Cabeza a sus miembros.

María mártir

Sin la muerte de Jesús en la Cruz no hubiera habido Redención. Lo dice San Pablo con estas palabras: *«Porque uno es Dios y uno el Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo-Hombre, que se entregó a Sí mismo en rescate por todos»* (1Tm 2,5).

Esa entrega a la muerte y muerte de cruz era una exigencia ineludible del Padre, resultado del contrato en el Paraíso: *«Enemistades pongo entre ti (el demonio) y la mujer, entre tu descendencia y la suya»* (Gn 3, 15).

¡La Mujer y la Descendencia! Es verdad que el mérito expiatorio y redentor de Jesús era infinito y bastaba; pero no bastaba a los planes amorosos del Hijo de la Mujer (la Descendencia), que quiso asociarla a la obra redentora. Jesús ama a su benditísima Madre

más que a todos los redimidos juntos..., y ¡quiso asociarla a su dolor!

Vamos a contemplar el corazón maternal de María en el instante en que más le vamos a costar, momento en que nuestra amantísima Madre ha llegado a alcanzar la cima de los merecimientos y nos lleva a todos más encerrados que nunca en su Corazón Inmaculado.

Vemos a Cristo sufriendo en todos los miembros de su cuerpo y en toda la extensión de su sensibilidad los mayores dolores que hombre alguno haya sufrido jamás sobre la tierra... Y allí está la Madre sufriendo con Él y siendo martirizada con Él. No puede menos de recibir el contragolpe de todos sus suplicios en lo más vivo de su propio ser. *«Llaga que sufre Jesús, llaga que sufre María»*, dice San Agustín.

Y San Juan de Ávila dice hermosamente:

«Cada punzada que daban a Jesús en el cuerpo, era una lanzada que atravesaba el corazón de la Virgen; cada bofetada, cada llaga que hacían a Jesús, ¡tantas puñaladas eran para el corazón de esta Virgen! Pues si el cuerpo de Jesús estaba con cinco mil azotes, su sacratísima cabeza atravesada por tantas espigas, horadados con clavos tan crueles los pies y manos, todo corriendo sangre..., ¿qué tal os parece estaría el corazón de la Madre, que esto tenía delante de los ojos? ¡Oh, Madre dolorosa, os pintan el corazón con siete cuchillos; con setecientos habían de pintarle...!».

Un Corazón, una Cruz

Hemos visto que la unión del dolor redentor de Jesús y María no pudieron ser más eficientes y más sincrónicos. Allí se inmolaron dos vidas, las más santas y provechosas para la humanidad, pero en ellas solo hubo un ara, una cruz donde se inmolaron: el Corazón de Jesús y el Corazón de María.

Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Esta es la Ovejita de Dios que entre balidos dolorosos ofrece su Hijo al Padre por los pecados del mundo... Dios así lo dispuso antes de todos los siglos. Quiso venir al mundo por medio de una mujer, y quiso ofrecerse al Padre por el mismo medio. Así como pidió a la mujer el sí para encarnarse, igualmente quiso su consentimiento para sacrificarse en la cruz y en la Eucaristía.

San Buenaventura dice: *«De tal manera amó María al mundo que le dio a su Unigénito, ofreciéndole en la Cruz»*.

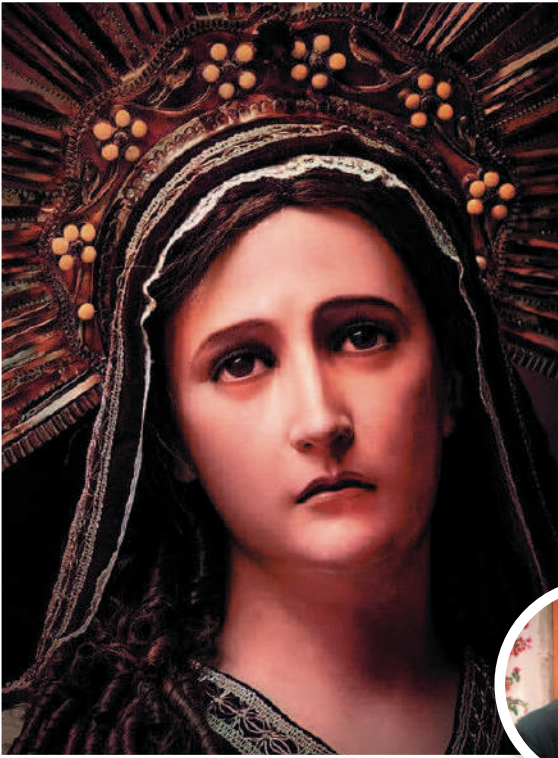
GRACIAS, MADRE, PORQUE DIJISTE QUE SÍ, PORQUE ACEPTASTE CON AMOR LAS INICIATIVAS DE DIOS. ¡GRACIAS!

Nuestro sí

Y a todos nos pide el Sí, porque a todos nos falta algo para completar en nosotros lo que falta a la pasión de Cristo, como nos enseña San Pablo.

Lo que falta es nuestra fe de creyentes, falta nuestra aceptación al amor que nos ofrecen Jesús y María, falta nuestro amor agradecido, nuestro sí de entrega verdadera.





María, la siempre "ENTERA"

(POR EL P. RODRIGO MOLINA)

15 de septiembre. En la Madre Dolorosa, 'la siempre entera', la siempre a punto –de pie– en todas las citas con el dolor, ponemos hoy nuestra mirada a través del P. Molina:

«**D**ios quiso que Santa María Inmaculada, siempre Virgen, alcanzase junto a la Cruz, concurriendo con el Crucificado, la cima del amor.

Vamos a clavar nuestra mirada en la Madre Dolorosa por medio de San Juan de Dios. Este santo concentraba todo su corazón en María, en esta preciosa palabra, muy sencilla, pero la van a gustar:

“María, la siempre entera”. ¡Gracias, San Juan de Dios! ¡La siempre entera, la nunca partida, la toda para Dios!

Eso es María. ¡Qué bien el santo! Ignorante en las

ciencias del mundo, pero con la verdadera sabiduría del Espíritu Santo.

¿Soy yo siempre entero para mi Dios en este mundo? Yo creo que no. Mi dinero me lo impide, cuando la causa de Dios lo necesita y yo lo guardo. Mi salud me lo impide, cuando la causa de Dios me la pide y yo la tengo conservada para mí solo. ¿No ves que no puede ser? No eres todo entero para Dios. Dios necesita enteros. ¡Gracias, San Juan de Dios! ¡Qué hermoso es leer vidas de santos!

María, la siempre entera. La no partida. La crucificada. Yo no me quiero crucificar. Cuando en el matrimonio siento dificultades,

me voy por el camino de los instintos. No me fío de mi Dios. Cuando en el planificar de mi vida, según la rectitud del amor, me vienen dificultades, me aparto, y Jesús te mira y no puede hacer nada porque respeta tu querer.

¡María, la siempre entera! Señora, voy a repetirte este epíteto. Te lo voy a repetir muchas veces. Es de pleno sabor castellano. ¡La siempre entera! ¡Qué bien el santo, sin ser teólogo! Aquel pueblo devoto de María del siglo XVI, por inspiración del Espíritu Santo, me dio en esta palabra la clave de toda la espiritualidad de María. El pueblo tiene instinto puesto por el Espíritu Santo».



NINGÚN DEVOTO DE MARÍA

IRÁ AL INFIERNO

Nuestra Madre y Señora, la Santísima Virgen, nos ama inmensamente y es el camino más corto y seguro para llegar a Nuestro Señor Jesucristo. Ella solo quiere que le devolvamos al menos una pequeña parte del inmenso amor que siente por nosotros. María se encarga de proteger a sus devotos, como el águila a sus polluelos, en la vida y sobre todo en la hora de la muerte y no permitirá que ninguno de ellos se condene eternamente.

«Si pudiéramos reunir el amor que todas las madres del mundo sienten hacia sus hijos, todavía quedaría muy lejos del amor que siente María hacia cada uno de nosotros individualmente» (San Alfonso María de Liguorio, Doctor de la Iglesia).

El mismo Santo cuenta la siguiente historia en su famosa obra “Las Glorias de María”:

«En una ciudad de Flandes, a principios del siglo XVII, había dos estudiantes amigos que frecuentaban las tabernas y casas de mala vida.

Un día, uno de ellos se retiró antes y el otro se quedó más tiempo en un burdel. El que se retiró antes solía rezar al acostarse las tres Avemarías, aunque de mala gana y medio dormido. A mitad de la noche se despertó con una terrible visión.

Vio a su amigo lamentándose desesperadamente entre llamas y con aspecto monstruoso, que le dijo que al salir del burdel se vio envuelto en una reyerta, perdió la vida y se condenó. “A ti te hubiera pasado lo mismo de no ser porque la Virgen interce-

dió por ti, ya que rezabas las tres Avemarías”.

A la mañana siguiente el joven comprobó que su amigo había muerto. Entendió la lección y que debía su salvación a María. Profundamente conmovido, abandonó su mala vida, abrazó la vida religiosa y misionera y años más tarde murió mártir en Japón».

Ser devoto de María no nos evita el esfuerzo para luchar contra el pecado y las contrariedades de la vida, pero sí que nos otorga una fortaleza y protección especial.

Es posible que un devoto de María pueda tener recaídas en el pecado,

pero si tiene sincero propósito de enmienda, María se encargará de liberarlo paulatinamente de los vicios que le encadenan y **hará que muera en gracia de Dios.**

Es imposible que un devoto de María se condene, éste es uno de los puntos en que más insiste San Alfonso María de Ligorio en su obra “Las Glorias de María”: *«Ella le alcanzará luz, arrepentimiento, verdadero dolor de sus pecados, perseverancia en la virtud y al fin morir en gracia».*

Para San Alfonso, la devoción a María es una gracia que Dios concede solamente a aquellos que

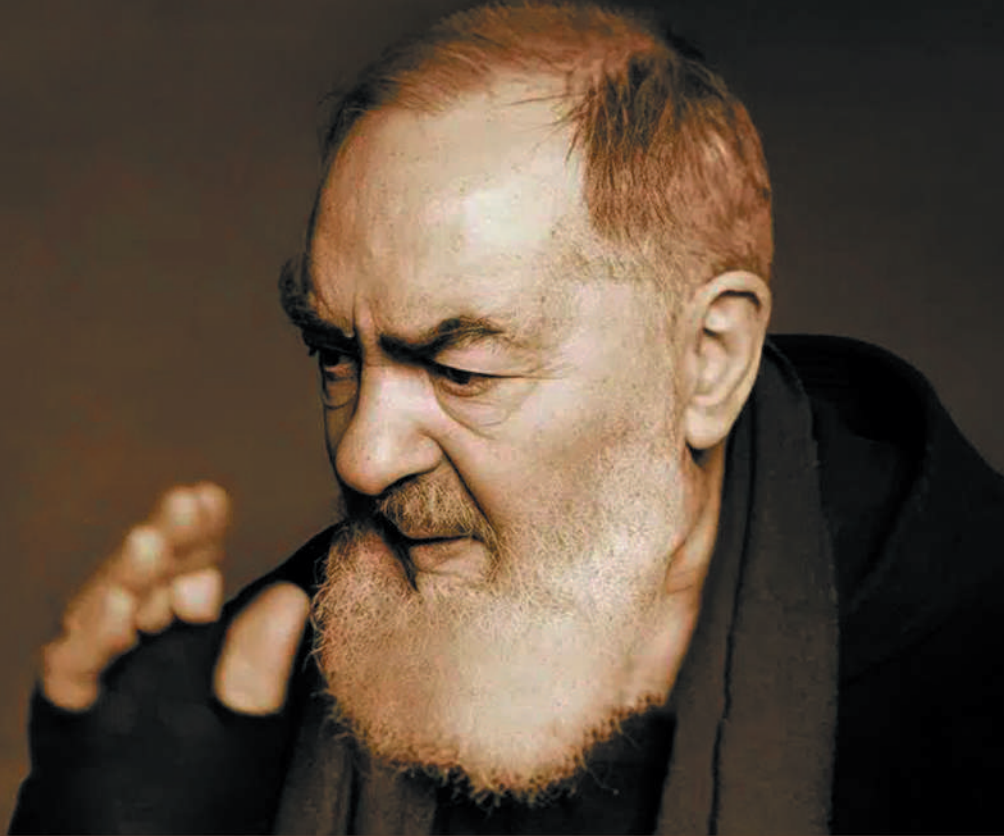
quiere salvar: *«Ningún pecador, por grande que sea, que se encomiende devotamente a María, llegará a ser presa del fuego del infierno»*, como reveló el Señor a Santa Catalina de Siena.

Naturalmente esto no significa que alguien que viva habitualmente en el pecado, sin esfuerzo por salir de él, vaya a salvarse solo por confiar en que María le salvará. Es necesario, por supuesto, tener un sincero propósito de enmienda.

Si es así, aunque haya recaídas, no dudemos de que María se encargará de guiarnos hacia la salvación eterna.

“Si pudiéramos reunir el amor que todas las madres del mundo sienten hacia sus hijos, todavía quedaría muy lejos del amor que siente María hacia cada uno de nosotros individualmente”.
(San Alfonso María de Ligorio, Doctor de la Iglesia)





Amad a la Virgen Y HACEDLA AMAR

El 23 de septiembre celebramos a San Pío de la Pietrelcina, a quien cariñosamente se le sigue llamando ‘Padre Pío’. Este franciscano recibió los estigmas de Cristo, quien quiso asociarlo de manera especial a su Pasión. He ahí el porqué de estas palabras del Santo: *“Oh Jesús, mi suspiro y mi vida, te pido que hagas de mí un sacerdote santo y una víctima perfecta”* (San Pío de Pietrelcina).

Este dignísimo seguidor de San Francisco de Asís nació el 25 de mayo de 1887 en Pietrelcina, archidiócesis de Benevento (Italia), hijo de Grazio Forgione y de María Giuseppa De Nunzio. Fue bautizado al día siguiente con el nombre de Francisco. A los doce **años recibió el sacramento de la confirmación y la primera comunión.**

El 6 de enero de 1903, cuando contaba dieciséis años, **entró en el noviciado de la Orden de los Frailes Menores Capuchinos en Morcone, donde el 22 del mismo mes vistió el hábito franciscano y recibió el nombre de fray Pío. Acabado el año de noviciado, emitió la profesión de los votos simples y, el 27 de enero de 1907, la profesión solemne.**

Después de la ordenación sacerdotal, recibida el 10 de agosto de 1910 en Benevento, por

motivos de salud permaneció con su familia hasta 1916. En septiembre de ese año fue enviado al convento de San Giovanni Rotondo, en el que permaneció hasta su muerte.

Sus Misas recordaban en forma vívida el Sacrificio y Muerte del Señor a través de la entrega con que el Padre Pío celebraba cada Eucaristía.

Vivió rodeado de la Presencia de Jesús y María, pero también de Santos y Ángeles, y de almas que buscaban su oración para subir desde el Purgatorio al Cielo. Pero su gracia más grande radicó, sin duda alguna, en sus estigmas: en 1918 recibió las cinco Llagas de Cristo en sus manos, en sus pies y en su costado izquierdo. Estas llagas sangraron toda su vida, hasta su muerte ocurrida en 1968. Múltiples estudios médicos y científicos se

“ UN CRISTIANO SIN ROSARIO, ES UN SOLDADO SIN ARMAS. CON EL SANTO ROSARIO SE GANAN TODAS LAS BATALLAS.”

(San Pío de la Pietrelcina)

realizaron sobre sus estigmas sin encontrarse nunca explicación alguna a su presencia u origen.

El amor de Dios lo llenaba totalmente, colmando todas sus esperanzas; la caridad era el principio inspirador de su jornada: amar a Dios y hacerlo amar. Su preocupación particular era crecer y hacer crecer en la caridad.

Su máximo servicio al prójimo lo realizó acogiendo, durante más de cincuenta años, **a muchísimas personas que acudían a su ministerio y a su confesonario, recibiendo su consejo y su consuelo. Era como un asedio: lo buscaban en la iglesia, en la sacristía y en el convento. Y él se entregaba a todos, reavivando la fe, distribuyendo la gracia y llevando luz. Pero veía la imagen de Cristo especialmente en los pobres, en quienes sufrían y en los enfermos, y a ellos atendía con mayor caridad.**

El Padre Pío tuvo, desde la infancia, una particular devoción

a la Santísima Virgen, venerada en Pietrelcina bajo el título de «Madonna della Libera», su “mammusia”, como cariñosamente la llamaba, que significa en dialecto “mamita”.

Se sentía **«unido al Hijo por medio de la Madre»**. Habría querido tener una voz tan fuerte como para invitar a los pecadores de todo el mundo a amar a María. Veía en la Virgen el camino más seguro para llegar a Cristo y por este camino guiaba las almas de sus penitentes.

Cuando hablaba de Ella, no conseguía contener la emoción. Recitaba de continuo, día y noche, el Santo Rosario y quería que todos expresasen su devoción mariana con esta plegaria evangélica. Llegó a rezar quince Rosarios cada día.

El Padre Pío vivió su vida del altar al confesonario. Siempre con el Rosario en la mano, unido al Corazón Inmaculado de María. Había recalcado, entre otros elementos esenciales del Rosario, la contemplación. Decía: **«La atención debe ponerse en el Ave, el saludo que se dirige a la Virgen en**

el misterio que se contempla. Ella estaba presente en todos los misterios; en todos tomó parte con amor y con dolor».

A sus hijos espirituales que le preguntaban qué es lo que tendrían que recibir de él como herencia, les dijo: **«Os dejo el Rosario. Amad a la Virgen y hacédla amar, rezad siempre su Rosario y rezadlo bien. Satanás quiere destruir esta oración, pero ¡no lo conseguirá jamás!»**.

El 20 de febrero de 1971, Pablo VI, dirigiéndose a los Superiores de la Orden Capuchina, dijo de él: **«¡Mirad qué fama ha tenido, qué clientela mundial ha reunido en torno a sí! Pero, ¿por qué? ¿Tal vez porque era un filósofo? ¿Porque era un sabio? ¿Porque tenía medios a su disposición? Porque celebraba la Misa con humildad, confesaba desde la mañana a la noche y era, es difícil decirlo, un representante visible de las llagas de Nuestro Señor. Era un hombre de oración y de sufrimiento»**.

El P. Pío fue canonizado por San Juan Pablo II el 16 de junio de 2002.

LLAMADA A DEJAR DE OFENDER *A Dios*

«No ofendáis más a Dios Nuestro Señor, que ya está muy ofendido».
(Nuestra Señora, 13 de octubre de 1917)

Nuestra Señora del Rosario de Fátima nos mueve a la observancia del primero de los mandamientos de la Ley de Dios, o sea, el *amor a Dios*. El precepto de amar a Dios es el primero de los mandamientos por la grandeza única del destinatario que él contempla, pero también porque es ese amor el que nos ha de llevar a cumplir con fidelidad todos los otros preceptos.

Todos sabemos que es con el pecado con lo que ofendemos a Dios, faltando a este mandamiento del amor que le debemos a Él, al prójimo y a nosotros mismos; sí, a nosotros mismos, porque cuando

pecamos nos perjudicamos gravemente, tal vez sin pensar ni sentir.

Ofendemos a Dios porque transgredimos sus preceptos, dado que todos ellos son una

manifestación de su amor para con nosotros. Como el amor de un padre que toma al hijo por la mano y le indica el camino que debe seguir para conseguir la felicidad y la herencia de sus bienes, si el hijo se vuelve indócil y rebelde, si desprecia las enseñanzas paternas, está claro que maltrata y ofende a su padre en el punto más delicado de su corazón que es el amor.



Ved, a propósito de esto, la palabra segura del apóstol San Pablo: *«Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a la libertad; pero que esta libertad no sea pretexto para la carne, sino servíos mutuamente por amor. Pues toda la Ley se resume en un solo precepto, en éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros, ¡tened cuidado para no destruiros mutuamente! Digo, pues: caminad en el Espíritu y no deis satisfacción a la concupiscencia de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios al espíritu; y el espíritu, contrarios a la carne, pues ambos se oponen mutuamente, para que no hagáis lo que queréis.*

Si os dejáis conducir por el Espíritu, no estáis sujetos a la Ley. Ahora bien, manifestadas son las obras de la carne, que son: fornicación, impureza, lujuria, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, iras, riñas, discusiones, divisiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes. Sobre las cuales os prevengo, como ya dije, que los que hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio, los frutos del Espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia; contra tales frutos no hay ley. Los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias. Si vivimos por el Espíritu, caminemos también según el Espíritu» (Gál. 5, 13-25).

¡No ofendamos más al amor de Dios! Y este amor que le debemos ha de llevarnos a amar al prójimo. Nadie puede decir que ama a una persona si aborrece y maltrata a sus hijos porque, naturalmente, los padres lo toman como hecho a sí mismos aquello que se hace a sus hijos. Lo mismo podemos pensar de la reacción que Dios tiene hacia el amor que damos o negamos al prójimo: son sus hijos.

Debemos evitar el pecado para no ofender a Dios ni perder el derecho a la Vida Eterna. El pecado corta nuestras relaciones con Dios y envenena el lugar que debemos a los otros en el corazón, nos vuelve indignos de la amistad de Dios y de participar en su gloria. Por eso, San Pablo nos recomienda:

«Examine cada cual su propia conducta y entonces tendrá en sí solo, y no en otros, motivo para glorificarse, pues cada uno tiene que llevar su propia carga. Que el discípulo haga partícipe en toda suerte de bienes al que le instruye en la Palabra. No os engañéis; de Dios nadie se burla. Pues lo que uno siembre, eso cosechará: el que siembre en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembre en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna. No nos cansemos de obrar el bien; que a su tiempo nos vendrá la cosecha si no desfallecemos. Así que, mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe». (Gál. 6, 4-10)

Para cumplir las exigencias del mensaje y del precepto del amor, evitar el pecado es ciertamente el primer paso, pero no basta. ¡Miremos a Jesucristo en el Evangelio!

En la oración sacerdotal a su Padre, Jesús puede decir que cumplió la misión recibida:

«Yo te he glorificado en la tierra: he terminado la obra que Tú me has encomendado que hiciera. [...] He manifestado tu nombre a los que me diste del mundo. Tuyos eran, me los confiaste y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me has dado proviene de Ti, porque las palabras que me diste se las he dado, y ellos las han recibido y han conocido verdaderamente que yo salí de Ti, y han creído que Tú me enviaste. Yo ruego por ellos; [...] porque son tuyos. Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío. [...] Padre santo, guarda en tu nombre aquellos que me diste para que sean uno así como nosotros» (Jn 17, 4-11).

EL AMOR ES EL LAZO QUE DEBE ESTRECHAR NUESTRA UNIÓN CON DIOS Y CON EL PRÓJIMO, IDENTIFICARNOS CON EL CORAZÓN DE CRISTO, FUNDIMOS EN EL CORAZÓN DE DIOS, DE MODO QUE NUESTRA VOLUNTAD SEA LA SUYA Y NUESTRA ÚNICA ASPIRACIÓN SEA LA POSESIÓN PLENA DE SU AMOR.



Cuarto paso: conocimiento de Nuestro Señor

En la vida y doctrina de los grandes santos marianos encontramos a Jesús.

San Luis María Grignion dice sobre esto:

«[...] El fin último de toda devoción debe ser Jesucristo, Salvador del mundo, verdadero Dios y verdadero hombre... Dios no nos ha dado otro fundamento de salvación, perfección y gloria que Jesucristo. Todo edificio que no esté construido sobre esta roca firme se apoya en arena movediza y se derrumbará infaliblemente tarde o temprano. (VD 61)

Dedicarán la tercera semana a conocer a Jesucristo. Para ello podrán leer y meditar lo que arriba hemos dicho y rezar la oración de San Agustín que se lee hacia el comienzo de la segunda parte (nº 173).

Podrán repetir una y mil veces cada día con el mismo santo: “¡Que yo te conozca, Señor!”, o bien: “¡Señor, sepa yo quién eres tú!”. Rezarán, como en las semanas anteriores, las letanías del Espíritu Santo y el himno Salve, Estrella del mar; y añadirán todos los días las Letanías del santo Nombre de Jesús” (cfr. Tratado de la Verdadera Devoción, 230)».

Como en las otras fases, alternaremos la lectura con la oración vocal y mental.

Para esta etapa se recomiendan ciertos pasajes adecuados de la Sagrada Escritura, y de espi-

A Jesús por María

CUARTO PASO: CONOCIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR

«A aquellos a quienes Dios ha distinguido de antemano, -nos dice San Pablo- los ha predestinado también a reproducir la imagen de su Hijo, a fin de que su Hijo sea el primogénito de una multitud de hermanos».

Si ahondamos en el alma de los santos, estos grandes amigos de Dios, la gran pasión que los arrebató y sostuvo durante toda su vida fue la de agradar a Jesús, de identificarse con Él, de inmolarse con y por Él, de darlo a conocer al mundo.

Por eso el fin de toda devoción, incluida a la Virgen María, es Jesucristo: conocerlo, imitarlo, unirse-identificarse con Él. La vida mariana es cristocéntrica.

ritualidad (pero recordamos que no excluimos otros que atraigan más a cada uno) *.

- Nuevo Testamento: Evangelio (Mt 26, 1-2, 26-29; 36-46. Mt 27, 36-44...)

- La Imitación de Cristo (de Tomás de Kempis): Libro 1º, capítulo 1. Libro 2º, capítulos 7, 11. Libro 4º, capítulos 3 y 12.

- Tratado de la Verdadera devoción, Nros. 61-62. 243, 257-265

- La sección de esta revista sobre el Reinado de Jesucristo.

Después del punto de meditación, conviene rezar con esta intención las oraciones que se indican arriba.

Que Cristo sea el centro de nuestras vidas

Toda espiritualidad cristiana se construye sobre la fe en Cristo como Hijo de Dios que ha venido al mundo para redimirnos. En la teoría todos estamos de acuerdo: confesamos que *“nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien Él se lo ha revelado”*, y que *“sin Cristo, nada podemos hacer”*.

Desde el punto de vista práctico, las obligaciones y los medios para cumplir la vida cristiana son casi iguales: ante todo, vivir en estado de gracia, cumplir con los deberes de estado, rezar, recibir los sacramentos, esforzarse por resistir a las tentaciones y adquirir las virtudes a fin de avanzar hacia la perfección.

Sin embargo, lo que marca la diferencia –decisiva– es el puesto que Jesús tiene en nuestras vidas: central o no. Él era lo primero en la vida de Santa María y de los santos, nuestros modelos. ¿Lo es en la nuestra?

- **Espiritualidad no cristocéntrica.** Hay una vivencia, muy extendida aún entre las almas piadosas practicantes, en la cual Cristo no aparece sino a intervalos, en que no es lo íntimo de lo más íntimo nuestro. El estado de gracia se cifra en no tener pecados graves. El pecado es una desobediencia que hay que evitar para evitar el infierno o el purgatorio. El deber es una obligación más o menos estricta o penosa. La Comunión con frecuencia no es sino un rito. La meditación y el examen de conciencia son una carga si divagaciones interesantes no ayudan a pasar el rato.

Ven que deben aplicarse a adquirir las virtudes. Se esfuerzan con bastante entusiasmo en los comienzos y con bastante languidez posteriormente. Hay períodos de detención, o retroceso, seguidos de tentativas, pero pronto sobrevendrá un nuevo estancamiento...

- **Espiritualidad cristocéntrica.** Es otra manera de enfocar la vida, más simplificada, en la que el propio amor, querer e interés no cuentan tanto, sino el amor de Jesús. Él es nuestro mejor Amigo. En clave de su amistad se interpreta y vive toda la lucha contra el

pecado y la adquisición de las virtudes (ascética) y toda nuestra unión con Dios.

Por ejemplo, la vida espiritual consistirá en mirar sin cesar a Jesús para copiar sus disposiciones y suplir con ellas a las nuestras, hasta que Jesús se haya plasmado por entero a nosotros. La santidad no está para ella en su perfección en la que puede complacerse; está en su completa identificación con Jesús que dará una gran alegría a su divino hermano y a su Madre y una gran gloria a la Santísima Trinidad. (cf. Neubert, E. La Vida de Unión con María. P I. Caps. 27 y 28).

Este conocimiento y la configuración con Jesús la conseguiremos mejor de la mano de nuestra común Madre, Santa María.

Ella enseñó el amor a Jesús a los sencillos pastorcitos de Fátima. Como fundidos en un molde, ellos lograron plasmar con toda naturalidad la perfección cristiana en pocos años.

Que nuestro ideal como esclavitos de María Inmaculada, nuestra Reina, sea “A Jesús por María”.

«La mariología debe ser interpretada cristológicamente. La verdadera grandeza de Santa María está ahí: en ser origen de Cristo y al tiempo reflejo de Cristo».
(P. Rodrigo Molina)

* Puedes encontrar los libros mencionados en <https://www.testimonio.net/>

JESÚS, MÉDICO DE NUESTRAS ALMAS



Entre los milagros de Jesús narrados por los Evangelios sinópticos son excepción los que no consisten en curar enfermos. El Evangelio se complace en reiterar, a lo largo de su obra, la imagen de un Jesús «popular» seguido, rodeado, asediado por las multitudes y curando a todos sus enfermos.

Estas acciones de Jesús, además y por encima de ser «obras de misericordia», tienen una función pedagógica en la línea del acto de fe necesario para recibir el Reino de Dios.

A tales intervenciones se dan en la Biblia diversos nombres: «milagros», «prodigios», «señales», «obras».

En todos los hechos milagrosos obrados por Jesús, advertimos la convicción de que Cristo «puede», es decir, tiene un Poder a quien nadie ni nada resiste.

Correlativo al «Poder» de Jesús, que obra el milagro, se destaca (explícita o equivalentemente) en la Escritura Santa la «Fe» de sus beneficiarios: «¿Creéis que puedo hacer esto? — ¡Sí, Señor! — Según vuestra fe, hágase en favor vuestro» (cfr. Mt 9, 28-29).

Si en Nazaret apenas hace milagros (Mt 13, 58) —no puede hacerlos—, acentúa San Marcos que es por su falta de fe.

Al reflexionar sobre el Evangelio conviene no olvidar el «sentido de presencia histórica», es decir, saber que Jesús es ayer y hoy y siempre: Al leer los milagros del Evangelio, debemos abrirnos a la fe y creer en Jesús.

Pero las obras de Jesús son también signo de contradicción. Ante el mismo hecho que presencian sus ojos, de manera diametralmente opuesta, «las multitudes se maravillaron diciendo ...; mas los fariseos decían ... » (Mt 9, 33-34). Hace falta el «buen corazón», hace falta ser sencillo para que el testimonio del milagro florezca en Fe.

Y estos milagros, prodigios, signos y señales los realiza el Señor «para que el mundo crea que Tú, [Padre], me enviaste» (Jn 17, 21. 23).

Jesús consagró casi toda su acción de taumaturgo al servicio de la salud de los enfermos, como signo y prefiguración de aquella Salud total, la Salva-

ción, que venía a comunicar al género humano. De tal modo que podemos definir el milagro evangélico diciendo que es un testimonio divino del Poder, la Verdad y la Misericordia salvífica de Dios en Cristo Jesús.

Un día, Jesús se encontraba a la mesa en casa de Mateo —acababa de llamarlo para ser su discípulo—, y los fariseos, escandalizados por verlo comiendo con publicanos y pecadores, «decían a sus discípulos: ¿Por qué vuestro maestro come con los publicanos y pecadores? Pero Él, al oírlo, dijo: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Id y aprended qué sentido tiene: Misericordia quiero y no sacrificio; pues no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores» (Mt 9, 11-13). Y la misma certeza Él nos la confirma cuando se hospedó en casa de Zaqueo y vio la conversión de este hombre: «Jesús le dijo: Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán; porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 9-10).

Nuevo ejemplo lo encontramos en su perdón a la pecadora arrepentida: Jesús se encontra-

ba en casa de un fariseo, convidado por éste. Estando a la mesa vino a estar con Él una mujer, conocida públicamente como pecadora y, colocándose a los pies del Señor, comenzó a llorar sus pecados. Jesús se volvió hacia ella y le dijo: «Tus pecados están perdonados [...] tu fe te ha salvado; vete en paz» (Mt. 7, 48-50).

Incluso, cuando es necesario, realiza también curaciones físicas, como prueba del poder que tiene de curar espiritualmente. Interesante a este propósito es el caso del paralítico de Cafarnaum: «Hijo, ten confianza, tus pecados están perdonados». Pero fue acusado de blasfemia por haber dicho estas palabras. Y Jesús se defiende, diciendo: «Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, dijo al paralítico: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Él se levantó y se marchó a su casa» (Mt 9, 6-7).

Y, como éste, muchos son los milagros realizados por Cristo en beneficio de personas desesperadas con su mal.

¡Y no fue una ni dos veces que sucedió esto! «Jesús recorría todas las ciudades y aldeas enseñando en sus sinagogas, predicando el Evangelio del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia» (Mt. 9, 35).

A los discípulos de Juan Bautista que, por orden de éste, fueron a preguntar a Jesús si Él era el Mesías o si habían de esperar a otro, el Señor «Jesús les respondió: Id y anunciad a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan sanos y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se anuncia el Evangelio. Y bienaventurado aquel que no se escandalice de mí» (Mt 11, 4-6).

Ya antes, Jesús había abordado este tema con los judíos:

«Vosotros enviasteis legados a Juan y él dio testimonio de la verdad. [...] Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, pues las obras que me ha dado mi Padre para que las lleve a cabo, las mismas obras que yo hago, dan testimonio acerca de mí, de que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me ha enviado, Él mismo ha dado testimonio de mí.

Vosotros no habéis oído nunca su voz ni habéis visto su rostro; ni permanece su palabra en vosotros, porque no creéis en éste a quien Él envió. Escudriñad las Escrituras, ya que vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para tener vida» (Jn 5, 33-40).

Así Jesucristo dejó como prueba de su divinidad, sus milagros, sus obras y la sublimidad de su doctrina.





Tomad, Señor, y recibid

Nuestra felicidad consiste en saber que Dios nos ama y en acoger ese amor que Dios nos tiene. El verdadero amor se da a entender mucho menos por palabras y sentimientos que por obras. En efecto, el amor es una virtud teologal por la que nos abrazamos, en alguna manera, con Dios por medio de nuestra voluntad y descansamos en Él, porque Él es en sí el soberano y más perfecto bien.

El amor es lo más profundo que hay en el hombre. No puede consistir solamente en las palabras y sentimientos. El sentimiento, en cuanto tal, no depende de nosotros; las solas palabras no cuestan gran cosa y no pocas veces se reducen a mero cumplimiento. ¿Cómo podrían ellas solas

fundar y constituir completamente la esencia del amor?

El amor no es realmente verdadero, sino a condición de obrar generosamente y olvidarse de sí para consagrarse, obrando, a la alegría y felicidad del ser amado. Por eso dijo Jesús: «Si me amas, cumple mis mandamientos» (Jn. 14, 15).

El amor tiene algo de éxtasis porque da y comunica cuanto tiene y quisiera darse a sí mismo en lo que da. Pues todo esto hay que decirlo del verdadero amor de Dios.

El primer motivo del amor de Dios es la consideración de los numerosos y grandes beneficios que hemos recibido de Él. Para formarnos una idea del amor de Dios

hacia nosotros, pensemos que desde toda la eternidad nos ha amado Dios, no solamente con amor que pudiéramos llamar de inclinación, sino con amor efectivo, porque nos ha dado de lo que es suyo y ha agotado para nosotros sus bienes y tesoros de todo género en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia.

En el orden de la naturaleza, Dios nos ha dado la existencia con preferencia a millones de seres que quedan en el campo de lo posible y la existencia es el punto de partida de todos los otros bienes.

El acto creador es una prueba del amor de Dios hacia nosotros: la palabra creadora «hágase» es palabra de vida eterna. Y este amor persevera y

se prolonga por todo el tiempo que Dios nos conserve la existencia; es, a cada momento de esta existencia, una especie de nueva creación hasta nuestra última hora.

Consideremos ¡cuántos beneficios nos ha hecho Dios con la creación, en el cuerpo y en el alma! ¡Qué reconocidos le debemos estar!

¿Y en el orden de la gracia? Por el Bautismo nos dio Dios vida sobrenatural. Inmenso beneficio. Nos ha dado la gracia de la vocación a la fe verdadera llamándonos a pertenecer a la Iglesia católica. ¡Cuántas gracias no supone un solo año pasado en esta Iglesia y cuántos años no hemos pasado nosotros gozando de bienes tan preciosos!

Pensemos también en otras gracias más particulares de que Dios nos ha colmado. Son tantas que ni podremos recordarlas.

Y cuando hemos pecado, ¿qué es lo que ha hecho Dios? ¿Nos ha negado sus gracias? ¿Nos ha castigado como lo merecíamos? ¿No ha dado prueba de una longanimidad y de una misericordia sobre toda medida? ¿No ha respondido a nuestra ingratitud con beneficios siempre crecientes?: Cuántas gracias recibidas hasta el día de hoy, hasta la hora en que vivimos! ¿No vemos la bondad de Dios? ¿No conocemos en Él a nuestro mayor bienhechor? ¿No somos nosotros, en nuestro cuerpo y en nuestra alma, en nuestra vida entera, un puro beneficio de Dios? ¿Qué más po-

día habernos concedido Dios que no nos haya concedido?

¿Cómo corresponder a este amor de Dios hacia nosotros?

Con la reciprocidad del amor, testimoniándole nuestro amor como Él nos da testimonio del suyo: con toda verdad, con toda realidad, con obras, comunicándole cuanto somos y tenemos.

Tenemos una fórmula para este amor, magnífica oración de amor perfecto que se olvida de sí, en la preciosa oblación de san Ignacio de Loyola que dice así:

«Tomad, Señor, y recibid / toda mi libertad, / mi memoria, / mi entendimiento / y toda mi voluntad; / todo mi haber y mi poseer. / Vos me lo disteis; / a vos, Señor, lo torno, / todo es vuestro; / disponed de ello a toda vuestra voluntad, / dadme vuestro amor y vuestra gracia, / que ésta me basta. Amén».

Esta oración comprende tres cosas:

Primero enumera todos nuestros bienes, nuestra libertad, nuestra memoria, nuestro entendimiento y voluntad, nuestros sentimientos y cuanto somos: en una palabra, todo el hombre.

En segundo lugar, nos dice lo que debemos hacer de estos bienes, debemos ofrecerlos a Dios, sacrificarlos a Él para que haga y disponga como le plazca.

Sintámonos dichosos de ser libres para poder, libremente, servir a Dios, para no

usar de esa libertad contra Él, sino emplearla en amarle más cada día. Ofrezcámonle nuestra inteligencia, con nuestra fe y sumisión a la Iglesia, sirvámonos de ella, para conocer siempre mejor los atributos de Dios y su voluntad, a fin de tener de Él más íntima noción.

Sirvámonos de nuestra memoria para acordarnos de Dios y de sus beneficios, para pensar en Él con la mayor frecuencia posible.

Sacrifiquémosle nuestra voluntad con la obediencia, con la sumisión a sus mandatos e intenciones sobre nosotros, empleemos el amor y las fuerzas todas de nuestra voluntad en amarle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas.

Con nuestra alma debemos dar a Dios nuestro cuerpo y todas sus facultades, consagrándolas, sin reserva, a su servicio.

En tercer lugar, esta oración nos hace caer en la cuenta que el sacrificio de todos nuestros bienes es apenas una simple restitución, una reciprocidad en el amor.

Dios nos ha amado primero, debemos, pues, amarle en retorno y darle todo cuanto somos y tenemos.

Consumar prácticamente esta donación será nuestra vida, nuestra recompensa, nuestra felicidad, hasta tal punto que nada debemos pedir a Dios, sino vivir y morir en su amor y gracia.

“Todas las obras tienen valor en la caridad”.

(M. M^ª Teresa De Simone)



1-2 Misión Mariana en el Batey (República Dominicana), **2-3** Nuestra Señora de Fátima “pasea” cada tarde por las calles de la capital peruana para derramar gracias y bendiciones a todas las personas. Miembros el Reinado de María acompañan a la Virgen y promueven esta gran iniciativa. (Lima - Perú), **5-6** Campamento vacacional con las niñas y jóvenes de la Escuela Hogar “Guillén Cano Bote” en Fátima, lugar privilegiado al que Nuestra Señora del Rosario bajó de los cielos... ¡más brillante que el sol! (España), **7** Jornadas Marianas con niñas y jóvenes para desagraviar y consolar al Inmaculado Corazón de María (Santo Domingo - Rep. Dominicana), **8-9** Jornada Mariana con los jóvenes del Didascalio “Santa María” (La Pintana Chile), **10** Los estudiantes del Didascalio “Santa Teresita” realizaron una peregrinación mariana al Santuario de María Auxiliadora en (Buenos Aires - Argentina), **11-12** Nuestros amigos del Reinado de María y pacientes del Centro Hospitalario “Hna. Josefina Serrano” realizaron una peregrinación al Santuario del Señor de Huanca. Fue una experiencia inolvidable para todos nuestros queridos ancianos. ¡A Jesús por María!, **13** Grupo de niños de Infancia Mariana Unida Misionera (IMUM) rezando el Santo Corazón de María (Cusco - Perú).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

